

UN PUNTO DE MEDIA SUELTO.



LA ABUELA.

En Rusafa, uno de los arrabales de la hermosa ciudad de Valencia, hay una casita blanca con una tienda que da

SEGUNDA SERIE.—1859.

á la calle y sobre la puerta esta muestra: A LA HORA PRECISA, JULIAN PERERA, MAESTRO MEDIERO. Allí, hará ocho años, paró una alegre comitiva que vino á traer á Carlota Bósque, que hacia seis meses era la novia de Julian, y su muger

AÑO XVII. 46.

hacía pocas horas. Los jóvenes que habían venido escoltando á los esposos, se retiraron inmediatamente á fin de irse con la música á otra parte y continuar divirtiéndose. Solo dos buenas mugeres, para quienes había concluido la fiesta, se dirigían solitariamente hacia el Grao, de donde por la mañana habían visto salir á la novia acompañada de todos sus parientes y amigos. Una de aquellas buenas mugeres era la vieja madrina de Carlota, la otra era Flora Bosque, su madre. Desde que hacia veinte y dos años que Dios la había dado aquella niña, era la vez primera que la viuda Bosque iba á volver á entrar sola en su casa, y á dormirse con el pensamiento de que al despertarse no encontraría á nadie á quien hablar. Sin embargo, hacia muy poco, en el momento de la separación había permanecido serena y tranquila. Esto se explica: en el cumplimiento regular de sus deberes de hija, de esposa y de madre sabía muy bien que no hay nada superior á las fuerzas humanas, cuando la sensatez, que no exagera nada, lo mide y lo pesa y cuando sinceramente se apela á la religión cristiana, ese valor del alma que hace sufrirlo y soportarlo todo. Durante el camino, la madrina de Carlota, que también tenía una hija casada, se puso á vituperar la resolución de la viuda Bosque, que muy prudentemente se había negado á irse á vivir con su yerno.

—El deber de una buena madre, le dijo ésta, es el de vivir con sus hijos.

—¿Cuánto tiempo, le preguntó la otra, has podido tú cumplir ese deber?

—Tres meses: me he decidido á separarme de ellos cuando he visto que todas las penas que me tomaba porque fuese feliz el matrimonio se volvían contra mi hija; pero desde el día siguiente que me marché, su marido ha cambiado completamente de carácter, viven en paz, lo que me ha hecho pensar que he hecho mal en desanimarme tan pronto.

—En lo que habías hecho mal, replicó la madre de Carlota, fué en no aguardar el momento oportuno para irte á vivir con un matrimonio joven: si se va demasiado pronto se les incomoda: si se vá demasiado tarde se les hace falta: es preciso llegar á casa de nuestros hijos, como dice la muestra de la tienda de mi yerno: á la HORA PRECISA: es decir, cuando tengan necesidad de nosotros.

Ahora dejemos pasar los meses. Preparábanse á celebrar el primer aniversario de la boda, y según la viuda de Bosque aun no había llegado la hora de que vivieran juntos. A pesar de los repetidos ruegos y súplicas continuaba en no querer dejar su casa. Fiel á su principio de discreción maternal, cuidaba con el mayor esmero del nuevo matrimonio, empero desde lejos, y hacia apreciaban sus servicios porque no los imponía. La saludable influencia de estos cuidados fué tal, que sus hijos, que no habían tratado de llevarse la consigna sino porque no estuviese sola, concluyeron por conocer que los que se hallaban solos y aislados eran ellos mismos: al principio creían ser útiles á su madre, llegaron á confesarse que ella era la que les era necesaria. Acordes en esto, como desesperaban de vencer abiertamente su resistencia, resolvieron emplear la astucia para obligarla á cambiar de domicilio. La víspera del aniversario de la boda, la viuda vino muy temprano por la mañana á casa de su yerno. Carlota tenía necesidad de ella para disponer las cosas para el día siguiente. Apenas acababa de egar cuando Julian se dirigió á ella.

—¿Tiene vd. su llave? la preguntó.

—Jamás se separa de mí.

—Préstemela vd., hay arriba una maldita puerta, que no puedo abrir con su llave: tal vez la haremos entrar en carrera con la de vd.

—Pruébala; pero vuélvemela luego.

Al poco tiempo volvió Julian, trajo una llave á su suegra; pero en el mismo momento y como de propósito, Carlota ocupó con una gran porción de telas y de encajes las manos de la buena muger.

—Ya ves que no puedo coger esa llave, dijo á su yerno, métemela en el bolsillo.

Julian se apresuró á obedecer, y cambió con su muger una mirada de inteligencia y de satisfacción. Las ocupaciones del día no permitieron á la suegra notar el desusado movimiento que había en la casa. Notó, sí, que su yerno estaba poco atento y asiduo á la tienda y que Carlota iba y venía sin cesar de un lado á otro; pero todo esto lo atribuyó al convite extraordinario que debía verificarse al día siguiente. Llegó la noche y muy pronto también la hora de la cena. Cuando Julian fué á ponerse á la mesa tenía la frente llena de sudor, y revelaba su actitud un extremo cansancio; pero se descubrió en su sonrisa la satisfacción de haber logrado su objeto. Carlota se sonreía también llena de felicidad. Pensaba que el gran secreto que hacia algún tiempo ocultaba á su madre iba á revelárselo al fin. A los postres, Julian quiso que su madre política probase el vino destinado para la fiesta del día siguiente. Llenó los tres vasos, y levantando el suyo dijo:

—A la salud de la abuela!

La madre, al oír aquel nombre que la daban, interrogó alternativamente con sus miradas á su yerno y á su hija: después se le asomaron las lágrimas á los ojos, y con una voz tan temblona como la mano con que tenía su vaso respondió:

—Por la salud del niño.

Después de esto, ¿de qué habían de hablar sino del querido chiquitín, que iba á ser amado antes de que se le conociese? Como hablaban de las disposiciones que habría que tomar para cuando naciese el niño ó niña que con tanto júbilo esperaban, anunció Carlota que el cuarto donde debía dar sus primeros pasos la criatura y aprender mas tarde á rezar y trabajar, se hallaba ya dispuesto á recibirla.

—Desde aquí á entonces, dijo la buena muger, sin duda ya se harán en él muchas variaciones.

—Todas las que vd. guste, replicó Julian, venga vd. á verle.

Levantáronse de la mesa y la madre apoyada en el brazo de su yerno subió al piso principal. En el momento en que colocaba el pie en el último escalon, Carlota, que iba delante, abrió una puerta, y de repente Flora Bosque, embargada de asombro, se detuvo á la entrada, delante de un cuarto brillantemente iluminado; la buena muger volvía á encontrarse en su casa, todo lo que ordinariamente la rodeaba, se hallaba en su sitio acostumbrado. Allí el Santo Cristo que había recibido sus primeras oraciones; mas alto el retrato del general, á cuyas órdenes había servido su padre; al otro lado de su espejo la imagen de un hijo que le había arrebatado la guerra y que la paz no había podido devolverle. Volvía á ver allí también el viejo sillón en que siendo niña iba á pedir lecciones á su abuela, y donde

abuela á su vez tenia ahora la esperanza de enseñar á sus nietecitos. Carlota y Julian aguardaban con inquieta ansiedad lo que su madre iba á decir de aquella forzada mudanza. La buena muger les alargó los brazos y murmuró enternecida:

—Tiene razon Carlota, aquí estará muy bien la criatura: no hay que cambiar ni alterar nada. Ademas mas vale, añadió, que me hayáis traído hoy aquí porque yo me hubiera venido mañana por mí misma.

Así la revelacion de Carlota era la señal esperada por la viuda para venir á tomar su lugar en la familia: sabia que por inteligente que sea la ternura de una madre joven, el corazon no equivale siempre á la experiencia. Y ademas se debe á su marido, mientras la abuela no pertenece sino á sus nietos.

Tambien lo sabe la rubita Rosa, niña de seis años. Rosa es aplicada trabajadora, quiere instruirse; pero el ardiente deseo de saber hace que no siempre tenga la paciencia de aprender.

Ahora mismo ha cogido á hurtadillas la labor de su madre, ha tomado la calceta que estaba haciendo ésta li-sonjeándose de poderla continuar, causándola así una dulce sorpresa; pero se ha escurrido la aguja debajo de la lana y se ha soltado un punto. ¿Quién repara la desgracia? La mamá Flora, ese es su papel de abuela, da las lecciones y oculta las faltas. Pero la mamá Flora está muy ocupada en este momento. Qué importa, es preciso que lo deje todo para enseñar á Rosita como se cogen los puntos que se escapan de las calcetas.

—Cómo? hija mía, dice la buena muger en tanto que la chiquita sigue atentamente el movimiento de sus dedos; lo mismo que se reparan todas las imprudencias en este mundo, retrocediendo con valor en su camino hasta hallarse una en el punto en que se estaba en la buena vía.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA ALHAMBRA Y EL ESCORIAL.

ADVERTENCIA.

Las páginas que con este título ofrecemos al lector, forman parte de los recuerdos de su vida y sus viages, que dejó escritos en lengua árabe el xequé *Sidi Mohammed Ebn Abdelaziz*, que visitó los monumentos de la Alhambra y el Escorial, corriendo el segundo tercio del siglo pasado. Cinco años ha que visitando yo tambien este real sitio y monasterio, para consultar algunos de los preciosos manuscritos orientales que encierra su rica biblioteca, me encontré con un árabe africano, que con intento semejante al mio, venia á buscar en aquellos libros algunos recuerdos de su nacion durante la época de su imperio en España. Este islamita fué quien, entrando conmigo en relaciones de amistad, me franqueó el manuscrito de los viages del xequé *Sidi Mohammed*, que traia consigo á manera de itinerario ó guía de mucha parte de España, puesto que en los hechos que refiere, y en su principal argumento, aquel libro, mas que relacion de viage, semeja una novela.

De una copia, pues, que el moro me permitió sacar de este manuscrito, extracté y traduje el fragmento que ahora doy á luz, donde el autor, á propósito de su venida al Escorial, evoca algunos recuerdos de Granada, estableciendo comparacion entre las bellezas, así artísticas como naturales, que atesoran esta y aquella maravilla del arte. Cabalmente habia yo tomado mis apuntes para emprender un trabajo semejante; pero la verdad, buen juicio y acierto en el parangon y en las apreciaciones del monumento cristiano y del musulmico, que creí hallar en la obra del xequé, me hicieron desistir de mi primer propósito, considerándolo ya inútil. Algun día quizás, si hallare para ello la suficiente holgura, publicaré la traduccion de todo el libro, que por los brillantes rasgos de la fantasía, la verdad de las descripciones y de los cuadros de costumbres africanas y españolas, y la exactitud de las noticias y recuerdos históricos que el autor evoca, creo que reúne la amenidad con el interés. Entretanto hé aquí el curioso aunque breve fragmento.

I.

A principios de setiembre de 1751, salí de Madrid con direccion al Escorial, en compañía de algunos amigos. El camino es ameno y pintoresco; álamos, olmos, fresnos y acacias, formando largas alamedas á entrambos lados del arrecife, nos daban fresca y regalada sombra. Miranse de una y otra parte huertas, alquerías y casas de campo y recreacion, vistosamente situadas, las unas sobre ciertas alturas que se dejan ver á la derecha del camino (1), y las otras en las dos orillas del rio Manzanares, que encajonado en hondo cauce, corre á la izquierda de la carretera y en direccion contraria (2). Al llegar á un puente que se alza á poco mas de una legua de la corte de España (3), el terreno por donde se dirige el camino que conduce al sitio real, ameno y frondoso al principio, se torna árido é inculto, pero en cambio va desapareciendo entonces la monótona llaneza é igualdad de los campos que rodean á Madrid. El terreno se levanta poco á poco, y se convierte en ágrío y escarpado; empiezan á descubrirse collados, gargantas, peñascos, picos y crestas de montes; las faldas y alturas mas cercanas (4) se ven cubiertas por bosques de encinas y con otros arbustos y matas silvestres. Conforme se adelanta en la jornada, al paso que se van distinguiendo mas y mas las apartadas cimas del Guadarrama y otros montes de aquella sierra, el terreno continúa levantándose, y el camino prosigue formando tortuosos giros y recodos que van ciñendo las faldas de las cuestas y colinas. Entonces empecé á respirar aire mas puro y saludable, que dilató mi pecho, y que no tardó en producir notable alivio en mi salud, algo afectada por dolencias del alma y del cuerpo. La estacion, sin embargo, no era apacible, porque grandes lluvias y tempestades habian anticipado el invierno; veíanse negras nubes amontonadas sobre la sierra, la nieve caía en espesos copos, silbaba el viento azotando las peñas y las copas de los árboles, el sol desaparecia entre las nieblas y las bru-

(1) Estas son las reales posesiones de la *Montaña del Principe Pío y la Moncloa*.

(2) Hállase por esta parte la *Casa Real de Campo* en la orilla derecha del Manzanares y en la izquierda el *Vicero*, etc.

(3) El puente de *San Fernando*.

(4) Los montes del Pardo.

mas, y la soledad y la tristeza lo ocupaban todo. A la noche dimos vista por fin al Escorial; apenas se revelaban sus formas á la luz de la luna llena, que acababa de romper las nubes, y que elevada sobre aquellos sombríos edificios, los iluminaba como una lámpara fúnebre colgada sobre un sepulcro.

El recuerdo de mi entrada en Granada pocos años antes se representó entonces con viveza en mi imaginación, no pudiendo menos de compararla con mi presente llegada al Escorial. Cuando al segundo día de mi viaje desde Málaga, di vista á la antigua y poderosa corte de los emires Nassritas, el pintoresco cuadro y risueña perspectiva que presenta esta ciudad, y que por primera vez se mostraba entonces á mis ojos, me causó la mas agradable sorpresa. La ciudad morisca con sus blancos edificios tendidos en forma de anfiteatro, y alumbrados por los rayos del sol naciente, aparecía entre sus huertos y jardines como una sultana levantándose radiante de hermosura y de voluptuosidad de un lecho de aromosas flores, y medio envuelta aun en los blancos cendales con que cubriera sus miembros delicados durante el sueño. De continente encantador, al par que desdeñoso y altivo, tal debió mostrarse Granada á los ojos de aquel rey de Castilla (1), cuando segun cuenta el romance cristiano, encantado de sus gracias, la pidió por esposa. Mas ella, ó su pueblo, le respondió, acompañando sus palabras con la sonrisa del desden:

Vuélvete á Toledo,
Que yo estoy casada
Y amarte no puedo.

Pero la aparición del Escorial mal podia inspirarme tan risueñas ideas; á uno y otro lugar llegué en horas puestas en armonía con su naturaleza: á Granada en la mañana, y con un sol brillante que alumbraba palacios y jardines; al Escorial en la noche y á la pálida luz de la luna, que no brillaba sino sobre cimas cubiertas de nieve y sombrías moles de piedra. En aquella descubrió mi vista una muchedumbre que se movía y agitaba por todas partes; en este no divisé sino sombras. El contraste es completo y sorprendente. Cuando me detuve en el Escorial, y examiné minuciosa y prolijamente sus monumentos, comparándolos con los que ya habia visto y examinado en Granada, no pude menos de fijar profundamente mi atención en las bellezas contrapuestas de uno y otro sitio, reflejos de dos estrañas y diversas civilizaciones; pues si el arte es risueño, pintoresco, y por decirlo así, voluptuoso en Granada, es grave, triste y sencillo en el Escorial. El hombre nace allí, y aquí muere. La Alhambra es una mansion de placer, el monasterio de San Lorenzo es un retiro de penitencia. La imaginación humana exagera mas estos contrastes; entregada el alma á la ilusión, cree escuchar en Granada en la animación del día, y en los rumores del campo y la naturaleza, himnos, cantares y fiestas; en el silencio de la colegiata no suenan sino quejas de agonía y voces de arrepentimiento.

Y sin embargo, al evocar la memoria de los días que pasé en aquel sitio, destinado por los reyes cristianos para panteon de sus cuerpos y sepulcro de sus grandezas, su recuerdo se me presenta embellecido por cierto encanto dul-

ce y risueño, que desvanece la natural tristeza del lugar. Es que entonces el amor hermoseaba con sus mágicos y dorados fulgores el horizonte de mi vida, pues un rayo de aquel sol de ventura basta para convertir en Eden el valle mas yermo y sombrío.

Los primeros días de mi estancia en el Escorial los pasé en ver y admirar el prodigioso y soberbio monumento alzado allí por el soberano mandamiento del poderoso Felipe II, y con la ingeniosa mano de Herrera. Visité en el suntuoso monasterio estancias magníficamente decoradas con pinturas al fresco y cuadros de admirable mérito, frutos de la inspiración y las ideas cristianas, á los cuales como musulman no sabré dar toda la estimación que se merecen. Bajé á un patio, que por la magnificencia de un templete de ricos mármoles que se alza en medio de él, adornado en sus ángulos con cuatro soberbias estatuas de los Evangelistas cristianos; por los arrayanes y laureles que esmaltan su recinto, y por las columnatas y arcadas que le circundan y por todo su conjunto, en fin, no cede en gentileza al famoso patio de los Leones tan nombrado en las historias granadinas. En la rica biblioteca admiré reunidos tesoros de saber de muchas naciones y siglos; pero inspirándome particular envidia los numerosos é inapreciables códices árabigos, que allí se encierran, como en cautiverio; y que aquellos monges me permitieron recorrer y disfrutar durante muchos días. En el aposento llamado *Sala de batallas*, sobrecojió mi espíritu la contemplación de la jornada de la *Higuera* (1) y de la conquista de Granada por los castellanos, sucesos infaustos para mis mayores, que el artista nazareno representó con gran belleza y verdad para afligir mas mi alma con un dolor irremediable. Por todas las mansiones de aquel convento y palacio abrumaban mi corazón la magestad y severa pompa del arte cristiano, trayéndome con los recuerdos de las grandezas y poderío castellano, los del abatimiento de mi patria. Parecíame, al mirarme bajo las altas bóvedas que cobijan aquellos vastos y solitarios salones, que un genio enemigo dominaba allí, y que la sombra del gran rey se alzaba de su tumba terrible y amenazadora como en el tiempo que sujetaba con el hierro y el fuego á los moriscos alterados de las Alpujarras. Tambien al visitar los desiertos alcázares de Granada habia sentido una emoción semejante, creyendo ver á los últimos rayos del sol poniente filtrados entre los calados agimeces y columnatas, que la soberana sombra de *Alahmar* (2) aparecía bajo las bóvedas alzadas por él, para llorar sobre las ruinas de su imperio y maldecir á los malos musulmes. En medio de tan sombrías ideas me serené un tanto, subiendo á la altísima cúpula que corona aquella obra gigantesca, pues desde su andén exterior se esparcieron mis ojos por un vastísimo y risueño horizonte, comparable solo, aunque menos delicioso, con el que se descubre desde las torres y alminares de la Alhambra.

Tales recuerdos de la patria y paraíso de mis progenitores, que se me presentan sin cesar en medio del pueblo que destruyó su poderío, vienen á ser como los sueños del Eden en el árido camino de la vida, como el rocío que hu-

(1) En esta batalla, dada en 1431, don Juan el II y don Alvaro de Luna, derrotaron á los moros en la Vega de Granada.

(2) *Alahmar* el de Arjona, que fundó en Granada el trono y dinastía de los Nassritas que dominó hasta la conquista de aquella ciudad por los reyes Católicos. El fué quien edificó en su mayor parte la maravillosa Alhambra.

(1) Don Juan el II.

medece alguna vez la frente del peregrino, ó como la fuente que le brinda sus aguas, al recorrer el abrasado desierto. Los monumentos cristianos, que á la sazón visitaba, á pesar de su magnificencia, no recreaban mi vista, por su triste austeridad agena á la imaginación risueña y sensual de los orientales. Aquella arquitectura severa, grave, compacta, enemiga de la luz, amiga del misterio y la meditación, cuan diversa es de la aérea, sutil y de encage, formada por calados pabellones, ligeras columnatas y caprichosos arcos y ojivas, cuya inspiración hallaron los árabes en los bosquecillos de palmeras de sus oasis!

También el tiempo que reinaba, casi de continuo nebuloso y frío infundía extraña tristeza en mi alma y en mis ojos acostumbrados á la alegría del cielo y á la animación de la naturaleza en las regiones del Mediodía. Pero un día que amaneció claro y sereno, dispuso de repente toda la melancolía de mi corazón con la vista del purísimo azul de aquel cielo. Por lo mismo resolví consagrar aquel día á visitar los campos vecinos en compañía de un amigo, comenzando por los jardines del monasterio, que por su elegancia y sencillez están en armonía con todo el conjunto de aquella suntuosa fábrica y que por su estrechez y simetría, no semejan sino una orla de verdor que festonea gran parte del edificio. Su adorno se reduce á cuadros y dibujos caprichosos de boj y aun de mirto, en cuyo centro se alzan fuentes y saltadores. También trepando por verjas de hierro que guarnecen el pie de los muros del monasterio, se ven algunos arbustos y plantas, como rosales, enredaderas y jazmines, pero estos tan mezquinos en sus flores que me costó trabajo reconocer en ellos á aquel arbusto, uno de los más bellos y floridos del Mediodía. Nótese allí á primera vista la falta de árboles; pero luego se reflexiona que si con ellos se disfrutaría del beneficio de alguna sombra, perjudicarían á la elegante sencillez que ahora ostentan aquellos jardines. Entráse á ellos por un doble pórtico de columnas formando ángulos y sosteniendo otra elegante galería (1) abierta, formada asimismo de columnas, ofreciendo el todo gran belleza artística. Cuando al amanecer el día entré en aquel pórtico, me detuve algunos momentos sorprendido al contemplar el paisaje que desde allí se alcanza. Aparecían á mi vista los arcos de aquella columnata como los marcos de otros tantos cuadros encantadores, cuyo fondo era el cielo y el horizonte, bañados por la suave luz del crepúsculo. Mirábanse en primer término los verdes muros del boj; mas allá se extendían como una faja el hermoso sonrosado del horizonte; y mas arriba el claro azul del firmamento: sobre estas zonas de múltiple color destacábanse por Norte y Mediodía las crestas de las montañas teñidas de oscuro azul, dejándose ver á lo lejos por la parte de Oriente, gracias á la pureza de la atmósfera, la corte de España distante de allí veinte y dos millas.

Por la parte que corresponde á la espalda del templo se ven divididos los jardines con muros de piedras de poca elevación, que se comunican por varias puertas y que abarcan un ancho recinto, donde se cultivan muchas y hermosas flores. Córtales de trecho en trecho diferentes escaleras que bajan á las bóvedas que sostienen el terraplen, y que dan salida por algunas puertas á los huertos vecinos. En aquella apacible hora de la mañana estaban los jardines

solitarios y silenciosos: no hallé en ellos mas paseantes que los pájaros, las mariposas y las ardillas. Allí, al sentir el céfiro del alba embalsamado por el primer perfume de las flores, ofrecióse á mi mente el mismo pensamiento que tan bien expresa el poeta *Hafedh* (1) en estos versos:

«El aura matutina exhala el olor del ámbar: acaso es el aliento de mi amada que discurre por la pradera.»

Pero lo que mas deleita al encontrarse en medio de aquellos jardines, es la pureza del cielo que los cobija y las vistas magníficas que desde allí se disfrutan. Los jardines del Escorial, como los de la Alhambra, añaden á la propia belleza del lugar el encanto de las perspectivas. Dominan desde una y otra parte dilatados y clarísimos horizontes y variados y pintorescos paisajes. Desde el alcázar árabe se descubre la vasta, risueña y amenísima vega, la pintoresca ciudad, los cármenes, las colinas, las alquerías y pueblos vecinos, los ríos Xenil y Darro, arrastrándose perezosamente sobre alfombras de verdor y flores, los mismos palacios y torreones y alminares de la Alhambra y *Genalarife* (2), todo coronado por un cielo azul, límpido y sereno. Desde los jardines del real monasterio alcanza la vista huertas, jardines, palacios, casas de campo, ermitas, montañas con sus faldas y valles cubiertos de bosques, tapizados por anchas praderas y surcados por fuentes y arroyos; mas nada hay comparable en hermosura con la pureza y brillantez del vivísimo azul que cubre el cielo. Detrás cierra la perspectiva el suntuoso monasterio. También me mostraron desde allí la encumbrada roca nombrada *la Silla de Felipe II*, desde donde aquel rey contemplaba con melancólica satisfacción las obras del monasterio que escogía para su sepulcro. Si en vida aquel gran monarca había buscado un retiro propio de su carácter y amarguras en medio de aquel áspero recinto de montañas, con mas alto pensamiento quiso escoger para su tumba aquel magnífico monumento de las glorias y grandezas de España, que por cierto acabaron con él. También desde los jardines y miradores del alcázar de *Alahmar*, tendí mi vista á la roca, donde su indigno descendiente el débil y atribulado *Abu-Abdallah* (3) se detuvo un instante para dar su despedida á la ciudad de que fué el último soberano, pena á que dieron por lo mismo el nombre del *Suspiro del Moro*.

Es cosa magnífica por cierto el hallarse en los jardines del Escorial entre el portentoso monasterio y las pintorescas lontananzas del horizonte: en parte alguna, sino en Granada, había contemplado unidas con tanta perfección la naturaleza y el arte. El poeta y el artista deben ir á buscar inspiraciones en aquel lugar, y las hallarán sin duda en las imágenes de grandeza, de fuerza y de hermosura que se ofrecen por todas partes; en la armonía de las proporciones que presenta la arquitectura, en la vida que tranquila y saludable se respira en aquel ambiente, en las vistas que se alcanzan por do quiera, en los rumores que se escuchan, en las aguas que riegan el paisaje, en el verdor que lo esmalta, en el cielo que lo cobija y en la luz que lo baña. La paz y el encanto reinan en aquellos espacios, y la belleza y la inmensidad ofrecen juntas sus imágenes. Todo inspira y enciende la imaginación en aquella soledad: el

(1) Famoso poeta persa.

(2) Así es como debe pronunciarse este nombre y como lo escribían nuestros autores castellanos del siglo XVI y XVII, viniendo del árabe *Genalarif*: vergel del arquitecto.

(3) El llamado vulgarmente *Boabdil*.

(1) La galería llamada de *Convalcientes*.

murmullo, ya lento, ya precipitado y sonoro de las aguas; el canto de las aves que se anidan en los bosques cercanos; la frescura, pureza y suavidad de los aires; los vergeles de olorosas flores y los bosques dilatados. Nada empero me pareció mas solemne y sublime que el escuchar desde allí los himnos religiosos y la música de los órganos que resonaban en las bóvedas del templo cristiano. A pesar de mis creencias de musulman, no podía menos de contemplar allí con asombro á la naturaleza y al arte junto á Dios, que creó á aquella é inspiró á éste, presentándose estas tres ideas reunidas en su mayor encanto y belleza. El pensamiento del hombre, en fin, al contemplar con el alma y con los ojos aquel admirable conjunto, se vé forzado á exclamar: «la mano de un gran génio formó esto.»

Al ver y considerar aquellas obras suntuosas y magníficas, yo que en Granada y Córdoba había admirado los prodigiosos monumentos de los Nassritas y Umeyas, rendí tambien un tributo de veneracion á la memoria del gran rey, cuyo pensamiento había creado aquella maravilla, antes que la trazara el artífice, y la había mandado salir de la nada, en aquel terreno áspero, ingrato y desnudo, con un sea, como el de Dios (1).

II.

Estremadas fueron en verdad mi admiracion y mi sorpresa, cuando despues de los dias anteriores nublados y tristes, me hallé en aquella mañana tan clara y hermosa, en los amenos jardines y ante el paisaje que desde ellos se alcanza, bañado en tintas de oro y rosa por los primeros rayos del sol. Las tempestades se disipan pronto en aquel pais: una aurora oscura y húmeda suele preceder á un clarísimo y templado dia, así como á una aurora apacible y clara sigue á veces un dia lóbrego y lluvioso. El sol en aquella tierra acostumbra levantarse entre nubes, que no permiten contemplar su nacimiento, y el principio de la mañana suele ser oscuro y nebuloso. Luego que se ha levantado el sol, si sus rayos tienen bastante fuerza para disipar las nubes, estas comienzan á desprenderse lentamente, y como caprichosas espirales, de la cima de los peñascos á que estaban asidas. Rara vez faltan nubes y vapores en aquel cielo. Pero el azul que en él se pinta en los dias serenos es subido y purísimo, é infunde gran placer, cuando se le contempla cortando las líneas del alto monasterio, y de las pardas y rojizas cadenas de montañas. Es bello mirar las blanquísimas nubes que flotan en el espacio teñido de hermoso ultramar, y que se destacan en él como las molduras y relieves de estuco sobre el fondo azul de las paredes y techos en los alcázares moriscos de Granada.

Al salir de los jardines con intencion de proseguir nuestro paseo por las huertas y campos vecinos, llamé nuestra atencion gran multitud de gente, por su mayor parte caballeros de la corte y elegantes damas, que se agolpaban á las puertas del templo, donde aquel dia celebraban los cristianos una de las grandes festividades de su religion. Un capricho de curiosidad ó mas bien la mano del destino, que dirige al hombre en todas las ocasiones supremas de la vida, me encaminó con mi compañero á la iglesia cristiana, interrumpiendo por entonces el empezado paseo. Al penetrar

bajo la magestuosa bóveda del suntuoso templo, sentí la emocion grave y solemne que inspira al hombre la casa destinada al culto de Dios, aunque sea por sectarios de diferentes creencias, sobre todo cuando el arte acierta, como allí, á expresar toda la sublimidad del sentimiento religioso. Celebróse la ceremonia con gran solemnidad y pompa de luces, músicas y cánticos; pero lo que mas conmovió mi espíritu y mi corazon fué la vista de una muger, que con los demas cristianos asistia á la santa fiesta de su fé. En la primavera de sus años, pero ya en el colmo de su belleza, de flexible cintura, talle esbelto como el tronco de una palmera ó la rama del ban (1), de tez ligeramente sonrosada, de noble y magestuosa apostura, de dulcísimos y espresivos ojos, vestida de negro con elegante sencillez, aquella doncella cristiana, solo me hubiera interesado como un tipo de la humana belleza, si mayores atractivos no me hicieran ver en ella á una huri del paraíso, ó mas bien á un ángel del cielo de los cristianos. Con las rodillas en tierra, el cuerpo inmóvil, recogida en profunda y religiosa contemplacion, no apartaba sus ojos del altar donde se celebraba el misterio de la cristiana misa, sino para alzarlos al cielo, donde los conservaba fijos largo tiempo, iluminándose entonces todo su peregrino semblante con una luz purísima de inocencia, amor divino y alegría del alma, que en vano quiere expresar mi lengua. Así, extática y como arrobada con su Dios, permaneció aquella criatura de apariencia celestial, todo el largo tiempo que duró la fiesta, y despues mis ojos, turbados con la emocion, apenas la vieron levantarse y desaparecer con su familia que la acompañaba. Sin embargo, en este brevísimo instante me pareció que la única mirada que dirigió á la tierra aquel genio del paraíso, penetrando por mis ojos, vino á herir mi corazon, como pudiera la mas aguda saeta. Despues de este suceso, celebrando yo la hermosa y encanto sobrenatural de aquella muger, he oido encarecer sobre manera sus virtudes cristianas, que rayan mas alto aun que el ilustre linage y riquezas que cuenta su casa. No he podido concebir una esperanza que consuele y aliente la estraña pasion que me ha inspirado; pero, ¡qué alta idea me ha hecho formar aquella celeste aparicion de esa espiritual creencia, que desprendiéndose de los sentidos, así acerca el alma á conversar y comunicar con el Criador, ofreciéndole el sacrificio del amor y el homenaje de la pureza!

Despues de este incidente, volvimos á emprender nuestra escursion, convidados por la frescura y serenidad de aquel hermoso dia. Dirigimos, pues, nuestros paseos hacia las huertas inmediatas al monasterio, y que se comunican con él por medio de las escaleras que bajan de los pensiles ya descritos. A la derecha del monasterio y frente á la galería poco antes celebrada, se estiende un hermoso y ancho estanque; y desde aqui hasta el extremo opuesto del monasterio, en donde tienen fin las huertas, se disfruta de apacible sombra bajo frondosos y altos emparrados, que guarnecen por aquella parte los muros y arcos que sostienen los pensiles. En el ancho terreno que abarcan aquellas huertas se cultiva multitud de árboles frutales, así como gran variedad de hortalizas y otras plantas, formando así aquellos como estas amenísimos cuadros de verdor. Alternan con ellos vergeles de varias y olorosas flores; adornos

(1) Dijo Dios «sea la luz,» y fué la luz.—Génesis, I, 5.

(1) Arbol de ramas muy flexibles y elegantes; es comparacion muy usada por los poetas árabes.

de boj, arrayanes y frondosos grupos de laureles, surcado todo por diversas acequias y arroyuelos cristalinos, que reparten el riego con manso y risueño curso y con murmullo lento y misterioso. No se ven allí palmeras ni naranjos, ni granados, ni otros de los hermosos árboles que brotan en Andalucía y Africa, pero abundan los rosales, las lilas, las dalias, el peral, el durazno, las acacias y otros árboles y plantas á cual mas lozanos y odoríferos. Los árboles se hallaban cuajados de vistosas frutas; las parras lucían sus gruesos y rojos racimos; la multitud y belleza de las flores escedía á todo encarecimiento. A través del espeso follage de la arboleda, si levantábamos la vista, nos regocijaba la hermosura del cielo azul; si la bajábamos, nos embelesaban los ojos los cuadros de flores y los caprichosos giros del agua. Aquellos huertos, en fin, me hicieron recordar los siguientes versos de un poeta árabe al celebrar un vergel:

«Las rosas crecen entre el follage, como se estiende el rubor sobre las mejillas de una vírgen.

»Y el agua se desliza entre el césped que esmaltó el suelo, como el letargo del sueño sobre los ojos del que se adormece.»

Después de reposar algun tiempo á la sombra de aquellos emparrados, y de probar algunas frutas, salimos de las huertas, dirigiendo nuestro camino hácia los campos y bosques, amenos aquellos y frondosísimos estos, que se estienden al pie de la montaña. Entramos en la deliciosa quinta llamada del *Castañar*, que recorrimos con placer hasta llegar á un parage en donde la naturaleza y el arte habian derramado á manos llenas, aunque con harta sencillez, sus primores y gracias. Altos y frondosísimos tilos unían sus flotantes copas para formar un soberbio y fresco pabellon, que cobija un recinto dilatado y de figura circular, cercado por todas partes de peñascos y alturas cubiertas de silvestre ramaje y de añosos troncos vestidos de yedras. Los rayos del sol de Mediodía, que con dificultad atravesaban el verde follage del pabellon, esparcian en todo aquel recinto una luz suave y sonrosada. Una fuente con su taza de piedra brotaba en medio de aquel retiro, lanzando sus aguas á grande altura, para convertirlas al caer en rizada lluvia de plata. Un copioso manantial que brota en la cercana ladera del monte, derramaba tambien sus aguas en derredor, regando el pie de los esbeltos y frondosos tilos. El murmullo de las hojas movidas por el viento, el canto de algunas avejillas moradoras de aquellos árboles, y el sonoro y cadencioso murmullo de las fuentes, esparcian allí un encanto apacible y deleitoso que convidaba á la calma del espíritu y del corazón y á dulces meditaciones. Para hermosear mas la situación de aquel parage, desde su entrada guarnecida por viejas tapias coronadas caprichosamente por la yedra, descúbrese con toda la belleza de su soberbia fábrica, el suntuosísimo monasterio. Mírasele al pie de los montes, dominando á la campiña y como suspendido con gran magestad sobre los arcos que sostienen los jardines á modo de pensiles, siendo aquella la perspectiva mas interesante y magnífica de aquella obra prodigiosa.

Los jardines, y lugar amenísimo que acabo de describir, recordáronme á primera vista, así por su frescura y frondosidad como por los varios y risueños paisajes que ofrecen, los vergeles del Genalarife. En estos, si bien crecen diversos árboles y flores, se ve la mas deliciosa amenidad, rica copia de estanques y fuentes, y se descubren las her-

mosas vistas de los portentosos alcázares de la Alhambra.

Entretanto, pasadas bajo el pabellon de los tilos las ardiénles horas de la siesta, como las sombras que iban bajando de los montes vecinos, oscureciesen mas y mas aquella espesa bóveda, salimos de aquel recinto, enderezando nuestro paseo por los amenos valles y pintorescas laderas inmediatas. Subimos á la mencionada Silla de Felipe II, abierta en una alta roca que da vistas á un dilatado y risueño horizonte; y volviendo á bajar, nos detuvimos al pie de una fuente llamada vulgarmente de las *Arenitas* que se encuentra en la estremidad de un valle ameno, y que por la bondad de sus aguas y lo poético de su situación, puede rivalizar con la celebrada del *Avellano* (1). Desde aquí torciendo á la derecha y cruzando aquel valle, subimos á una altura por donde atravesando cierta senda abierta entre verde follage, en lugar muy pintoresco, llegamos á unas arboledas que se dilatan largo trecho hasta el pequeño palacio rodeado de jardines que llaman la *Casa de arriba*. Bajo las bóvedas de verdor de aquel bosque, por donde atravesaban partidos los rayos de oro y púrpura del sol que declinaba al ocaso, nos sorprendió el melancólico toque de la oracion cristiana.

El sonido religioso de la campana enmedio de los bosques me conmovió profundamente; aquel acento de melancolía y tristeza, aquella plegaria mas pura, porque no sale de la boca del hombre, parece la solemne, pero dolorosa voz con que el día espirante se despide del mortal, la espresion de queja, por tantas esperanzas, tantos goces como el hombre ha visto desvanecerse ó fenecer desde la pasada aurora, y acaso el suspiro de alguna ilusion ó de algun deseo que sobrevive al desengaño ó los azares del día que muere. En otro tiempo, bajo las arboledas que sombrean las avenidas de la Alhambra me habia herido mas hondamente el sonido de la campana nazarena. Aquel era el toque de agonía de mi nacion moribunda: con su triste acento me avisaba haber cesado ya todos los placeres y el regocijó que en otra edad y con otros moradores habian poblado aquellos lugares. Pero así en la Alhambra como en el Escorial, el sonido de aquel metal enemigo me interesaba mas que en mi patria la voz del *muedzin* pregonando la oracion desde el alminar de la mezquita, porque en la campana de los cristianos, no parece que resuena la voz del hombre sino la de Dios.

Entregado á estos pensamientos, me acerqué insensiblemente con mis compañeros al pequeño pero elegante palacio que se alza enmedio de los jardines. Nada diré del rico y lujoso ornato que le decora; pero sí recordaré con placer la risueña y dulce calma que ofrecia la naturaleza en aquella hora y en tan delicioso lugar. El verdor de la arboleda, los variados matices de las flores, las sonrosadas tintas del ocaso que coloreaban el horizonte, las nubes de oro y grana que se agrupaban como un regio dosel sobre el sol próximo á hundirse en el Occidente, el pálido disco de la luna que aparecía por otra parte sobre el cielo teñido de claro azul, todos estos objetos de la naturaleza formaban un risueño paisaje que retrataba en el espejo de sus tranquilas aguas un ancho estanque, en cuyas orillas nos sentamos á reposar.

Desde la *Casa de arriba*, por un camino guarnecido de

(1) Fuente famosa de la Alhambra.

árboles, volvimos al pie del monasterio ya entrada la noche. Atravesamos la ancha lonja que se extiende ante sus dos fachadas de Poniente y Norte, entrando en una alameda que descendiendo se dilata hacia la parte de Oriente hasta llegar al palacio y jardines llamados la *Casa de abajo*. Los gigantescos y frondosos árboles que se alzan en esta alameda y los jardines inmediatos, destacando sus altas, sombrías y agrupadas copas sobre el azul del cielo claramente iluminado por la luna, ofrecían un aspecto fantástico, al par que magestuoso, que embelesaba mi imaginación, recordándome el efecto también mágico y sublime que presentan los altos y espesísimos árboles que guarnecen la subida de la Alhambra, cuando se les contempla agrupándose sobre el celeste espacio en una serena noche de luna.

De allí á pocos días visité solitario los jardines y alamedas de la mencionada *Casa de abajo*. Allí reposando una tarde en lugar apartado y contemplando el nuevo verdor que había revestido la frondosa arboleda con las lluvias de otoño, empecé á meditar sobre aquellos versos del poeta *Ayyub* (1):

«Breves son los días del hombre..... un árbol, aunque perdiere su follage, vuelve á reverdecir, y brotan de nuevo sus ramas.

«Aunque envejeciere su raíz en la tierra y su tronco muriere entre el polvo, germinará otra vez con la frescura del agua y se cubrirá de hojas, como si poco antes se hubiese plantado.

«Pero el hombre despues de muerto y despojado y consumido, ¿qué es de él?»

También visité el suntuoso aunque pequeño palacio que se alza en medio de aquellas arboledas, rodeado deliciosamente de floridos jardines. Por la variedad y riqueza de los mármoles y jaspes de colores, que adornan los aposentos y escaleras de esta poética mansión; por las pinturas y labores que decoran sus techos; por los muchos primores de escultura en mármoles, marfiles y otras materias preciosas que embellecen sus estancias, y por los floridos paisajes del jardín que se descubren á través de sus ventanas y celosías, encontré allí alguna imagen y recuerdos de los maravillosos alcázares de Medina Azzahrá y Azzahira (2), en que el magnífico califa de Córdoba Abderrahman Annasser, y el poderoso hagib Almanzor dejaron insignes monumentos de su grandeza y esplendidez.

Así pasé una larga temporada en aquel real sitio, ya ocupándome con mis amigos en saludables paseos y escursiones campestres, ya apartándome de ellos para meditar á solas con los recuerdos de Granada y del antiguo imperio árabe de España, así como también con aquella imagen que encantó mis ojos en el templo cristiano. ¿Debo avergonzarme de esta inclinación hacia una cristiana? ¿Mas por ventura mis antepasados los árabes del desierto no adoraron la imagen de *Lela Meriem* (3) con Jesus infante en sus brazos (venerados sean) en el santuario de la *Caba*? Pero al fin me fué forzoso abandonar aquel lugar embellecido por las gracias de la naturaleza y del arte, á donde me encaminé guiado por la curiosidad, en donde me retuvo largos días un sentimiento poderoso, aunque contrastado y sin esperanza, y

de donde me aparté al fin con pena en el corazón y lágrimas en los ojos.

Yo lanzado nuevamente, despues de aquel breve reposo, en los afanes y sinsabores de una vida agitada, te dirijo un cariñoso saludo y rindo un tributo de llanto á tus recuerdos, lugar dulce y querido. Jamás olvidaré tu horizonte hermoso por la luz del amor, tus deliciosas moradas en donde vivía cerca de aquella muger celestial y misteriosa á quien amaba, pero á quien siempre ocluí mi funesta pasión: donde en ocasiones dichas disfruté de su conversacion y trato, merced á las relaciones de amistad que contraí con su familia; donde reposé cerca de ella en las orillas de la fuente, sobre la verde alfombra del valle y bajo las sombras de los tilos. Allí huyendo de su compañía buscaba la soledad para meditar con ella; allí si por acaso se acercaba á la descubría á lo lejos, mi corazón y todo mi cuerpo se estremecía: en vano quería permanecer impasible mientras pasaba; sino que á mi pesar me dirigía á su encuentro; porque como dice el adagio oriental: «á donde se inclina el corazón allí se inclina el pie.» ¡Cuán dulce resonó su voz bajo las bóvedas de aquellos bosques! ¡cuántas veces fué repetida por los sonoros ecos de los montes y valles, y acompañó al murmullo cadencioso de las fuentes y arroyuelos y á los trinos de las aves de la enramada y á los suspiros de la brisa! Pero cuánto mas dulce, armonioso y vibrante era su acento! Su voz penetraba hasta mi corazón y me fascinaba como el canto de las sirenas de que hablan los poetas rumies (1); al recordarla despues de muchos años, siento rejuvenecerse mi ser, reanimarse mi pasión con todo su fuego, creo oír la hablar y suspirar á mi lado, y vuelvo en vano á esperar. Y sin embargo, ¡qué distancia nos separa! Los antepasados de aquella muger se cuentan entre los héroes que vencieron y derrocaron á los de mi pueblo. Estaba escrito que ella había de subyugar mi corazón: solo me resta en medio de tantas ruinas resignarme ante los altos decretos de Allah.

(Setiembre de 1856.)

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

PARÍS, LONDRES Y MADRID. (2)

XXI.

Londres, abril, 1856.

Hay aquí infinidad de posadas, que llaman *hotels*, y en mayor número casas de huéspedes ó pensiones (*boarding-houses*), donde el forastero puede hallar cómodo aposento á precios que varían desde los mas subidos hasta los mas modestos, segun el lujo de la habitación, y sobre todo segun el *barrio* en que ésta está situada, pues acaso no hay país en el mundo donde las divisiones de clases estén marcadas por líneas mas decididas que en Inglaterra. Hay barrios nobles

(1) Job, cap. xiv.

(2) La descripción de estos monumentos se hallará en las *Lecciones históricas árabes* que el autor de este artículo acaba de publicar en Madrid, imprenta de don J. J. Martínez.

(3) La Virgen María.

(4) Romanos ó griegos.

(2) Véanse los números de enero, febrero, marzo, abril y mayo, páginas 20, 41, 51, 86 y 111.